

EL MANUSCRITO

DEL

DIABLO.

ANTECEDENTES.

Viajábamos de Santiago a Valparaíso: la noche era tenebrosa i fría, el silencio de los campos de Casa Blanca solo era interrumpido por el atronador rodado de nuestro carruaje, que saltando aquí i brincando allá, de repente suelta una de sus ruedas, nosotros nos chocamos violentamente i vamos a dar de cabeza i por distintos rumbos en la arena de una pequeña corriente.

Cuando volvimos del aturdimiento, nos hallamos rodeados de nuestros conductores i de una vieja i otra moza que tenían luces en la mano. El paraje donde habíamos caído es aquel que está frente a una capilla que la piedad cristiana ha elevado en una de las esplanadas que forman los portezuelos de Vasquez. Al frente del lugar sagrado yace el rancho a que nos condujeron aquellas pobres mujeres.

Nos sentamos al amor del fogan, la vela quedó a un lado puesta de asiento en el suelo, i los birlocheros comenzaron entre maldiciones i risas la compostura del infame carruaje. A poco andar trabamos un diálogo con la vieja:

Ella. Siempre se quiebran aquí los birlochos, señor, yo no sé porque no componen este paso.

Nosotros. Por falta de ganas, señora, i no por otra causa.

—Así es, señor, porque plata debe tener una porcion el gobierno. ¡Si roba tanto!

—El gobierno no roba, mujer de Dios.

—Así es, señor, pero una dice lo que oye.

—A quién le ha oído V. eso?

—A todos, i el otro día lo dijo.....

Las dos mujeres se dieron una mirada de intelijencia i la mas moza exclamó: «Ave-María!»

—¿Quién lo dijo?

—Un caballero, señor, a quién se le quiebró el birlocho aqui mismo, i que segun dicen era el Diablo.

—¿Cómo es eso? ¿En qué conocieron que era el Diablo?

—Traia anteojos, señor, i andaba todo vestido de mujo. Era alto, mui alto, colorado i rubio; parecia ingles, i esta niña dice que le vió una espuelita en un pie. Aqui se sentó en ese mismo banco en que está V. Estuvo renegando contra el gobierno, mientras le compusieron el birlocho, i luego salió, tirándonos a la ceniza un peso fuerte i dejándose olvidada una bolsa, que vimos al otro día.

—¿Conserva V. la bolsa, buena mujer?

—Sí, señor, está arriba del rancho i nadie se atreve a tocarla.

—¿Por qué no la devolvió V?

—No supimos mas de él. Cuando el birlocho siguió su camino, el capataz nos dijo que se iba solo, porque el pasajero se habia acercado a la capilla, i al llegar a nuestra señora del Cármen, que está en la puerta pidiendo limosna, reventó en llamas de fuego i solo quedó el olor a azufre. Nosotras nos pusimos a rezar i al otro día vimos la bolsa, i la tiramos arriba, porque solo tenia un emboltorio de pa peles.

—Pero el peso fuerte lo gastaron Vds., ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Venga acá la bolsa.

Las mujeres se escusaron de bajarla del techo i nosotros con gran trabajo la alcanzamos. Abrimosla i hallamos adentro infinitos manuscritos, que contenian apuntes de un viajero, i entre ellos los que ahora publicamos sobre Chile. El Diablo, sin duda habia viajado de incognito entre nosotros, i como tal se habria ido a su rejion, si no es que el mal camino le proporciona ese feliz encuentro con Nuestra Señora del Cármen. Este solo motivo bastaria para tener caminos malos. En sus apuntes de viaje por

Chile hallamos mui importantes apreciaciones de nuestro estado social i algunos tipos nacionales admirablemente descritos, tales como el *Modesto*, la *Beata*, el *Enamorado*, el *Hombre público*, el *Estadista*, el *Caballero*, el *Chismoso* i otros que sucesivamente iremos publicando. El deseo de no dejar inéditas estas extrañas producciones nos hace arrostrar el peligro de publicar verdades amargas; pero nuestra buena intencion servirá para abonarnos a los ojos de las personas imparciales que se penetren de la importancia del *Manuscrito del Diablo*. Nosotros no dudamos un momento que sea el mismo rei de los infiernos, en persona, el que ha escrito las siguientes lineas con tanto calor i veracidad, porque estamos persuadidos de que la verdad ha huido de todo ser que pertenezca a la humanidad.

Luego que nuestro carruaje estuvo listo, nos retiramos del rancho, haciendo lo mismo que el Diablo, no en lo de rebentar, sino en lo de dejar a las mujeres otro peso fuerte en recompensa de su hospitalidad.

A. E. i O. U.

I.

El Pais.

La naturaleza en Chile es espléndida, pero tiene una regularidad admirable.

Un valle es igual a todos los valles: el mismo aspecto, las mismas corrientes, la misma vejetacion. Basta ver una colina, una montaña, para conocerlas todas. El que busque la variedad o los caprichos de la naturaleza tiene que mirarla a la luz del crepúsculo del alba o al resplandor del sol en su ocaso: entónces se ven las sombras profundas, los tintes varios i contrapuestos, los caprichosos perfiles de la montaña i la majestad misteriosa de las selvas.

Pero el chileno que puede mirar de cerca a su pais en estas horas no ve nada, tiene ojos como todos los hombres i no ve con ellos lo que le rodea; tiene orejas, pero son sordas a los ruidos de la naturaleza; solo las usa para oír lo que le interesa; tiene corazón, sin duda, aunque todavía no sé si se haya hecho alguna autopsia para verificar este hecho; pero debe ser un corazón que no ha de tener otro oficio que el de una bomba colocada al centro

del aparato vascular para recibir la sangre de todas las partes del cuerpo del chileno i dirijirla ácia los órganos respiratorios, volverla a recibir i distribuirla por todo el organismo. Lo que prueba que su corazon es un miembro importante i que está destinado a recibir todas las mejoras morales que se le quieran aplicar.

Esto no es decir que el chileno de los campos deje de ser racional. Al contrario, he hallado en él muchos síntomas que hacen sospechar su racionalidad: es bondadoso, aunque arisco; humilde i al mismo tiempo suspicaz.

Este chileno no ve pues a la naturaleza de que está rodeado; pero participa de su esencia, porque es monótono como ella, pereoso i terco como su medio dia, insensible como sus riscos.

El habitante de las ciudades es otra cosa: tiene las mismas prendas que el campesino, mas un tanto desfiguradas por el lustre de la sociedad. Su corazon debe desempeñar otros oficios, que trataré de analizar.

Ese no ve al pais: solo mira las derechas calles de su pueblo, siempre cortadas en ángulos rectos, los uniformes tejados de sus habitaciones, siempre inclinados sobre la cabeza del pasajero, las pesadas carretas que trafican con la majestad i pachorra de una tortuga.

El habitante de las ciudades podria cegar sin pérdida ninguna a los diez años de edad; i no sé como hasta ahora no se les ha ocurrido hacerlo, para no tomarse el trabajo de mirar todos los dias de su vida una misma cosa. Creo que si dieran en ello, habria en Chile poetas i hombres de jenio, como en todas partes. Lo que es ahora no pueden tenerlos, porque esa cara de todos los dias que ostenta su pais, en el campo i en la ciudad, debe matar la inspiracion i convertir la espiral en linea recta, el capricho de la fantasia en un discurso recto, i las palpitations de la sensibilidad en latidos horizontales i rectos.

Yo tambien me he rectificado asambrosamente. Cuando llegué por primera vez a la cuesta de Prado, hice parar el carruaje para saciar mi curiosidad de ver los Andes nevados. La relijiosidad del sublime absorvió todo mi ser: se veia al frente un grupo inmenso de montañas colosales sentadas con majestad en una planicie oscura i dilatada. La aurora enrojecia los perfiles soberbios del cordon, i hacia brillar aquella enorme masa de nieves con un resplandor mas vivo que el de la luna, pero mas dulce i suave. Algunas nubecillas distribuidas en celajes de grana i en copos a-

marillos como el oro daban al paisaje un aspecto encantador.

Cuando pasó mi arrobamiento, me vino aquella necesidad natural al corazón de comunicar las impresiones agradables. ¿No ves esa hermosura? pregunté al postillon que me guiaba. ¿Cuál, señor? me replicó. Esa cordillera, esos colores...—Una risa burlesca se desprendió de los labios de mi hombre, que me decía— «Cuando está limpio, señor, se ve siempre lo mismo.»—¿Todos los días?—Sí, señor, todos los días.—¿No te gusta a ti?—Qué, ¿eso? la nieve me gusta cuando hace calor, i en helados es mui buena.

Ahora que he visto muchas mañanas iguales a esa, he comprendido al postillon i le he hallado mucha justicia en su gusto por los helados, que en Chile se hacen mui buenos i en abundancia.

Comunicando estas impresiones a un chileno i haciéndole notar la insensibilidad de sus paisanos, me dijo con todo el orgullo nacional pintado en su cara: que ellos estaban connaturalizados con las bellezas de la naturaleza i que ya no les hacian impresion. Sin embargo, añadí, hai mañanas que deben despertarlos a ustedes del letargo de la costumbre.—No sé, continuó él con su candor, yo no me he fijado, ni nadie se fija aqui en eso.

Por esta respuesta creeria cualquiera que las bellezas naturales andan votadas en Chile, sin tener quien les haga caso.

No es así. Lo que anda votado es la monotonía, i cuando la naturaleza prodiga sus bellezas, los chilenos están durmiendo o van dominados de la pereza que la monotonía les comunica.

En la ciudad no hai actividad ni hai impresiones que ajiten el corazón i lo saquen del imperio que deben ejercer en él esas calles largas, sucias i de aspecto severo: en la campaña no hai variedad i la jente no tiene cultura ni por consiguiente gusto ni sensibilidad. El clima por otra parte, tan benigno, ejerce en los miembros una influencia apagadora que los pone laxos en verano i entumidos en invierno, i obra de tal manera en las funciones del mecanismo animal, que embota el espíritu i la sensibilidad.

Este es el país considerado en su acepción mas jeneral: la campaña, las cordilleras, el cielo, el clima, la ciudad i por consiguiente el hombre. Cuando yo visito un país, no lo separo de sus habitantes. La esperiencia nos ha dado a conocer que el hombre no es independiente de la naturaleza que habita: es preciso considerarlo al lado del árbol, de las montañas i dominado por el clima bajo cuyo imperio vejeta.

Bajo este aspecto el hombre de Chile, comprendida en su jénero su amable costilla, es bello, sinuoso, entrecortado, como su

pais, pero sus sinuosidades i cortes son regulares i siempre idénticos: asi como basta ver una corrida de colinas para conocer las demas que cruzan el pais, basta ver a un chileno para conocerlos a todos. La mañana de su vida, como la mañana de su rejion, es bella i alegre, inocente i apasible; su dia es terco, silencioso, adusto, lleno de luz, pero de una luz que no centellea, ni se ajita, sino que permanece fastidiosamente calmada i severa; su tarde es triste, reconcentrada; i su noche es apagada, solemne, misteriosa.

El pais parece en Chile satisfecho de si mismo, porque no convide con su aspecto: los cerros rechazan con sus empinados quiscos, con sus breñas sinuosas, con sus rocas de basalto o de granito, escarpadas como una fortificacion: las campiñas se muestran orgullosas con su vejetacion i aparentan decir risueñas que no necesitan de la mano del hombre. Asi es el chileno: orgulloso, contento con lo que tiene, da a entender a cada paso que no necesita de nadie ni tiene nada que aprender.

Sin embargo, los chilenos no se han dejado vencer por el desden de su naturaleza. En muchas partes han querido dominar el orgullo de sus montañas, oradándolas o tajeándolas para penetrar en sus entrañas i descubrir veneros fecundos de metales preciosos que alimentan la riqueza; en otras han desgajado las selvas; aqui han cruzado con canales de riego vastos terrenos incultos; mas allá han poblado de árboles útiles los que son feraces. Pero todo esto lo hacen sin querer aprender de nadie: las minas son agujeros hechos con las reglas que usa el raton para fabricar sus cuevas; los canales son zanjas que se dirijen a un fin, sin reparar en los medios, porque sirviendo para llevar el agua, no importa que sean inconsistentes o que dañen al vecino; los plantíos i el cultivo en jeneral están entregados a la naturaleza, i el hombre no hace mas que dejarla obrar, sin valerse de amaños ni de procedimientos para ayudarla. Los bosques adonde llega el hacha, se despiden del mundo para siempre, porque el cortador no guarda para otro dia, ni se acuerda de la jeneracion que él está formando.

Mas, el pais es rico en todo jénero de producciones: tiene metales preciosos, mármoles, hulla; maderas de construccion, yerbas medicinales i de tinte; cereales, cueros, cuernos i demas productos agricolas. Puestos estos productos en manos de otro pueblo mas activo, mas emprendedor i ménos egoista harian su riqueza i celebridad.

Dejemos el país, que no he mirado como naturalista, ni como negociante. Vamos a la sociedad que tiene mas riquezas que explotar en beneficio del que quiera contar cosas nuevas.

II.

La sociedad.

La sociedad de Chile tiene fondo *i* superficie como el mar: en el primero están aconchadas todas las heces de la colonia española; en la superficie aparece un barniz a la moderna, que le da un calor tornasol e incierto, pero que participa mucho del color frances.

Cualquiera que vea a los Chilenos vestidos a la europea, con su aspecto sério, sus modales cultos, su officiosa hospitalidad al extranjero, cree hallarse en un pueblo civilizado *i* cristiano, como cualquiera otro. Asi nos imaginamos que viven en armonía *i* en relaciones intimas las arañas, cuando las vemos cruzar sin estorbarse, porque no conocemos la guerra civil en que perpétuamente viven empeñadas. Mas es necesario no dejarse alucinar: así como el mayor enemigo que tiene la araña es el individuo de su especie, el chileno no tiene un enemigo mas implacable que el chileno mismo. Cada uno de ellos es enemigo de todos, *i* todos son enemigos de cada uno. ¿Quéreis conocer la vida *i* milagros de alguno, quéreis saber cuáles son sus vicios, sus extravíos? Acercaos a cualquiera, al mayor de sus amigos, por ejemplo, *i* quedareis satisfecho. ¡Oh! Don Juan es un guapo mozo, os dicen, tiene dinero, gran talento; pero es mui petardista *i* embustero; no se fie V. de él: es mi amigo, nos tratamos de muchos años a esta parte *i* le conozco demasiado: es hombre peligroso, inmoral *i* sobre todo mui mala lengua.—¿I qué piensa V. de la señorita tal?—Linda, ¿no es cierto? *i* mui amable *i* virtuosa; pero se habla de algunos deslices que ha tenido. Sus amores con fulano fueron públicos *i* bien desgraciados por cierto.....

Así hablan el viejo *i* el jóven, la vieja *i* la niña; pero hai muchos moderados que se limitan a empreñaros de sospechas con una sola palabra, *i* luego una retisencia, una sonrisa os esplica lo demas *i* os sana de vuestro embarazo.

La envidia es pues la primera virtud chilena. Aparece un hombre que se ha hecho rico por sus esfuerzos: los demas se asom-

bran de que haya enriquecido i todos se preguntan cómo ha podido alcanzarlo; se esplican sus especulaciones, sumando la ganancia que hizo cuando engañó a éste, con lo que le produjo la jugada doble que hizo al otro i con lo que le granjeó la estafa que hizo al público vendiéndole por ocho lo que le costaba dos: hai tanto; lo demas no se sabe como ha llegado a sus manos: sin duda a robado. No se le concede talento para especular, sino sagacidad para engañar; economía en sus gastos no ha tenido, sino miseria; el resultado de sus cálculos no fué obra de su prudencia sino capricho de la fortuna ciega que le favoreció.

Esto no quita sin embargo que todos le rodeen, le saluden, le mimen i le hostiguen con sus atenciones: él fué ladrón, pero ahora es rico; fué pícaro, pero ahora no tiene necesidad de serlo. Al fin, vence la riqueza: en público se le concede talento, jenerosidad, buen trato, mucha honradez i hasta se le hace senador. Pero en privado se cuenta su vida tal como la trazó la envidia. Los que se honran con su amistad no se empeñan en defenderle, porque para alcanzar su proteccion o un empréstito a interes moderado, les basta tomar el té con él i hacerle la corte.

Este es el triunfo de la honradez laboriosa. El de la honradez protegida por la casualidad es mas difícil i peligroso, porque los chilenos son justos i no quieren dar pase libre en la sociedad a nadie que no haya sufrido la prueba de una iniciacion rigurosa, de un noviciado severo.

Os haceis rico por el descubrimiento de una vena metálica.

Allí fué troya: cien demandas civiles i criminales os esperan en el juzgado. Teneis que pasar primero por el crisol de la justicia, que seguramente no os da lo que os pertenece, porque como ella es distributiva, no renuncia jamas su poder de distribuir todas vuestras riquezas entre los que desean participarlas. Sois pues ajusticiado por millares de trámites i de sentencias, que se aumentan en número i en severidad a medida que es mayor la lei de vuestros metales: si ella es pobre, si la vena se extingue os librais de todo, quedais tranquilo, como el monje que no soportó los rigores del noviciado i renunció a su vocacion. Ya veis que en esto hai equidad: no se persigue al que no da motivo.

Si lograis emanciparos de la justicia o si conseguis connaturalizaros con su yugo, afirmándose la veta, sois ya otro hombre; sois senador, teneis prosélitos, ocupais en la aristocracia un rango, que habeis conquistado palmo a palmo en esa guerra cruda que os hicieron para impedirlos el triunfo. Vuestros enemigos se

conformaron con la tenacidad de vuestra fortuna, pero respetando vuestro puesto, os atacan de otro modo, por lo bajo, con las armas de la calumnia. Si quereis salvaros de esta nueva prueba, tenéis por fuerza que convertiros en beato, oír misa diaria, rezar la via crucis, proteger las instituciones monacales i sobre todo tenéis que tomar un aire sombrío i terco: ese es el término de la carrera del minero.

Al fin tiene un término esa carrera, i esto no es poco, porque llegar a ser *pelucon*, como llaman en el país a los aristócratas, es mas que alcanzar a loor en Inglaterra.

La carrera del literato no tiene término. ¿En qué deseais ejercitaros? ¿En el foro, en la poesía, en las ciencias, en el diarismo? Elejíd, que siempre obtendreis lo mismo. Si tenéis bastante gas para elevaros en la atmósfera, estad seguro de que se rompe vuestro globo ántes de levantarse un palmo de la tierra, porque todos vuestros paisanos se aferran de vuestros pies i contienen las amarras para tiraros abajo, para que no partais a vuestro viaje. Su amor por vos no les permite dejaros libre para arriesgar en los aires una vida tan cara, i si ven que la fama se empeña en soplar su trompeta a vuestro lado, ellos ahogarán sus voces para que no se lastimen vuestros oídos.

Si sois abogado, sois ladron: tendreis elocuencia, pero no sabeis leyes; sabreis las leyes, pero no sabeis hablar; poseeis ámbos dones, pero no teadreis tino o táctica para vuestras defensas; mas de todos modos sois ladron, enredoso i algo mas.

Si sois poeta, sois digno de compasion. ¡Pobre poeta! o sus versos no son bien medidos o no tiene imaginacion; o es muy cáustico e insolente, o es tibio i de mal gusto: pero de todos modos es un pobrecito, calabera si es alegre; pretencioso i necio, si es sério; tonto, si es filosófico; imbécil, si le da por la tristeza. El poeta es un jóven sin fundamento, sospechoso, bueno para nada. Se queda siempre así, cuando no abandona los versos por otra ocupacion mas digna del hombre i mas seria, como un empleo en la oficina o en un el escritorio, por ejemplo.

Si sois hombre de ciencia, sois perdido para la patria. ¡Qué lástima! No tiene mas que teorías, filosofías, utopías irrealizables. No conoce a su país, no tiene una sola mira practicable.... En vano hareis prodijios para probar que habeis estudiado al país i que vuestros principios son realizables. Nada, todo eso es inútil: dais lástima, todo el mundo se hace desentendido de vuestras pruebas fehacientes. Si instais, os llaman orgulloso, tenaz; si es-

cribis emitiendo vuestras ideas sin disfraz, sois hereje, condenado, mui peligroso. Pueden llegar a confesaros talento, pero para un ministerio no servís, para una intendencia, ménos; para la magistratura, peor; ¿para diputado? ¡Eso sería arruinar al país i exponerse a no hacer algo de provecho. Teneis que encerraros en vuestras ciencias, para conversar con ellas i nada mas, para comer ciencias, para beber ciencias, para vestir ciencias i marcharos con ellas al sepulcro. Nunca llegais a ser pelucon: este no es el camino: al contrario, por él se va a los antipodas.

Haceos diarista. ¿Estais loco? ¡Oh! eso es ponerse por sí mismo en el potro: quiereis ser mártir. En hora buena, sedlo. El diarista tiene por enemigos a todos sus lectores, en primera fila, i en segunda a todos los que tienen la noticia de sus talentos i de su ocupacion, i en tercera a todos los que no saben nada, ni leer siquiera, es decir a todos los habitantes i estantes en el país. El diarista es siempre hereje para las beatas, cismático para el clero, doble i sin principios para los abonados al diario, hombre de poco peso e indigno de confianza para los aristócratas. El artículo que gusta a los unos este dia, horripila a los demas, i el que alhaga a estos mañana, da náuceas a los primeros. El único modo de agradar siempre, que tiene un diarista, es el hacerse calumniador i manejar bien la injuria. No trateis principios, no os acordeis de cuestion ninguna; insultad a vuestros enemigos, ultrajadlos, calumniadlos como quierais. Entónces los que os leen lamentan el extravio de la prensa, pero celebran con todo su corazón vuestras gracias; desean que se acabe esa excitacion que provocais, pero os auxilian con la suscripcion. Estais bien, teneis muchos celebradores, un público entero que os aplaude porque saciais la envidia que lo carcome; pero no conteis hacer mucho. Cuando dejeis vuestra cátedra de difamacion, os despreciarán, i nunca os darán un lugar en el senado. Cuando mas sereis empleado en aduanas o en una intendencia.

Pero en todo esto es solo la envidia quien ataja su vuelo a la intelijencia i quien se opone a su triunfo.

La envidia se convierte en egoísmo, si se trata de medrar de cualquier otro modo.

Haceos comerciante i vereis. El comercio tiene por objeto la ganancia: el modo de obtenerla poco importa. La buena fe es la base de las especulaciones, porque de otro modo no hai crédito; pero la buena fe del comerciante consiste en pagar bien i exactamente. Proporcionaos fondos para pagar i ya estais a cubierto

de todo: sois hombre de crédito, aunque para conseguir esos fondos hayais estafado a medio mundo. Lo que interesa es que no se descubra la deformidad de la estafa.

Tales son los principios de moralidad del comercio. Si sois comerciante, por menor, sois tambien victima de esa moralidad: vos estais obligado a ser buen cristiano, buen pagador, pero no así vuestros protectores. Los comerciantes de Valparaíso son los protectores de todo el comercio por menor de la República. Ellos por lo jeneral son consignatarios de casas extranjeras: reciben los efectos para venderlos con alguna ganancia sobre el precio de factura, ganancia que no se les exige rigurosamente por los dueños, que se fian siempre en la buena fe de tales comisionados; de suerte que si estos no pueden vender siquiera salvando el capital, aquellos se contentan con el resultado. ¿Qué hacen los consignatarios? Se aprovechan de la pobreza de los comerciantes por menor para venderles a plazo: ya es una costumbre la venta a plazo. Al contado no se realiza ninguna. Vendiendo a plazo, el consignatario tiene motivo para dar por treinta lo que cuesta diez; el comprador que calcula poder ganar uno mas en el menudeo, compra pues por treinta para vender a treinta i uno, firma su pagaré a seis meses, imponiéndose la obligacion de abonar el uno por ciento de interes por todo el tiempo que pase de los seis meses, i se va contento. Regularmente no puede realizar en los seis meses i de todos modos el uno sobre treinta que saca de ganancia no le alcanza para cubrir sus gastos personales siquiera: no puede pagar, i comienza a entregar sumas a cuenta, abonando el uno por ciento sobre lo que queda debiendo; el consignatario va recibiendo i va por supuesto aumentando con el interes el cincuenta por ciento de ganancia que sacó en la venta.

El comerciante por menor no puede sufrir por mucho tiempo haciendo este negocio cuyas ganancias son para sus protectores, sin que le dejen algo para su comodidad: si es bribon, procura retirar algunos provechosos i quiebra; si es honrado, cruza los brazos humildemente, se limpia los bolsillos i tambien quiebra. Los tribunales reciben todos los dias estas representaciones de fallidos i forman sus concursos.

¿Pero el consignatario padece? No lo creais: si padeciera con este modo de jirar, no venderia al fiado, venderia al contado i en tal caso tendria que remesar a su consignante el valor de los efectos consignados. Vende pues al fiado; i avisa al consignante la operacion diciéndole que le remitirá su capital cuando realice.

El comprador le paga el todo o parte del precio de su compra: el consignatario recibe, pero no ha realizado todavía, porque los efectos consignados están repartidos entre muchos compradores. Sigue recibiendo de otros de ellos, ya el precio íntegro de la venta, ya una parte de él, ya los intereses que le abonau los que se han tardado; pero todavía no realiza, hasta que todos le paguen sin quedar uno, sin escaparse los que han quebrado. Mientras tanto él está aprovechando los capitales en numerario que va recibiendo, porque con ellos especula del modo que le den mas ganancia. ¿Qué importa que algunos de sus deudores no le paguen puntualmente? ¿Qué importa que otros quiebren? El valor de la consignacion que recibió es de cien mil pesos: en la venta que él hizo i en los intereses que usuró ha sacado un sesenta por ciento de ganancia; en el uso que hizo del dinero que fué recaudando ha sacado otro tanto. Rebajad cuanto quierais, lo cierto es que con quiebras, averias i demas desgracias, él no ha dejado de sacar en todo ménos de un cincuenta por ciento de ganancia para sí: a su consignante le abona una ganancia moderada al estilo de Europa i le cobra su siete i medio de comision, aun sobre lo que se perdió. I no es raro, sino mui frecuente que los consignantes reciban cuentas en lugar de dinero u otros retornos, i aun, que salgan alcanzados en algunos picos.

Aquí teneis la carrera del que se aplica al comercio por menor de aquel país. Para que os he de hablar del pequeño capitalista que se aplica a la agricultura; para que del artesano, del menestral i de otros infinitos que se aplican, como ellos dicen a buscar la vida; todos, todos son víctimas del egoismo: allí sucede al pie de la letra aquello de que el pez grande se come al chico. El comerciante de diez protege al de cinco, para hacerle servir a su interes, para darle una ocupacion honrosa—la de expender sus efectos a trueque de ganar la comida. Él a su vez sufre lo mismo del comerciante de veinte, este del que está mas arriba i así hasta llegar a los protectores natos del comercio que son los extranjeros europeos i americanos.

El poseedor de un fundo lo arrienda por lo que produce, para que aquel que por necesidad se lo toma en arriendo, trabaje para pagar el cánon i saque cuando mas para subsistir. El que da dinero a interes, exige siempre lo que produce su capital aplicado a cualquier negocio i algo mas; lo que él desea es que otro le trabaje su dinero i le pague puntualmente sus productos. El comerciante que vende las primeras materias

de las artes i oficios usados en el pais tambien vende al fiado i protege a su vez a los artesanos, dándoles un objeto sobre que ejerzan su industria, aunque no coman. Él tiene razon, por que asi lo hacen con él sus protectores, o porque no puede de otro modo sacar el interes de su capital. Todos ansian por trabajo, todos piden proteccion, todos se protejen mutuamente en esta forma i el primer protector de todos es el Gobierno, con la diferencia que no protege para ganar, sino para que ganen los mas poderosos a costa de los mas flacos. Proteje a los comerciantes extranjeros, dándoles todas las facilidades posibles, para que ellos hagan su proteccion con los comerciantes por menor; protege a los ricos mineros, a los acaudalados agricultores, dándoles influencia en los negocios, haciéndolos senadores, para que ellos contribuyan en cuanto está de su parte a mantener este estado de cosas, que tantos provechos les reporta. Asi el Gobierno que debiera ser el azote del egoismo es el primero en protegerlo; i no puede ménos, porque el Gobierno se compone de Chilenos i seria mui raro hallar uno que no tuviera las virtudes de sus paisanos.

Esto es lo que pasa en las esferas elevadas de la sociedad. Descendamos un grado mas.

Hacia poco tiempo que yo me hallaba viajando por los pueblos del sud de Chile. Estaba encantado con aquel aspecto apacible de los habitantes, con aquella quietud i reposo en que pasan la vida; pero no hallaba como conciliar su afabilidad con el aislamiento en que viven las familias unas de otras. ¿Por qué no se reunen, porque no se buscan para alegrar las pesadas horas de la noche, para suplir la falta de diversiones públicas? Tal era la pregunta que dirijia a mis conocidos. Todos me respondian una misma cosa: hai enemistades, me decian, hai siempre muchas rencillas en un pueblo corto como éste.

Fuíme aplicando a estudiar este hecho, i hallé con efecto que era una verdad. Los villanos en Chile viven como los caribes, haciéndose la guerra: hai odios antiguos, que pasan de jeneracion en jeneracion, como los de Montescos i Capuletos; los celos, las rivalidades, las venganzas de los caballeros de la edad media están conservados allí con toda relijiosidad. Yo reflexionaba cuán propia es esta costumbre de los pueblos atrasados, veia cuanta analogia tiene con la de los Araucanos i otros pueblos bárbaros, que sumidos en la ociosidad i en la ignorancia, gustan de alimentar en perpétua actividad sus pasiones mezquinas, porque es lo único

que los distrae del tedio de su inactividad. Cuando no hacen la guerra al extraño, están haciéndosela entre si los miembros de una tribu, para matar el rato, para alimentar el fuego de la vida.

Por eso me consolaba con la esperanza de que éste mal se iria extinguiendo a medida que creciera la poblacion: en las ciudades mas importantes de Chile, me decia yo, no habrá estas discordias. ¡Petardo!

Lo mismo es en todas i Santiago es la que da ejemplo. La desgracia no está solo en la falta de actividad, en la falta de ocupacion, en lo limitado de las relaciones, cuanto en el carácter nacional: todos son villanos porque todos son egoistas i envidiosos, así es que en donde quiera que he parado, he hallado Montescos i Capuletos.

La sociedad está dividida en círculos, algunos de ellos tan estrechos, que se componen exclusivamente de los miembros de una sola familia. Hai otros mas extensos, que han ido conquistando afiliados, por la comunidad de interes, de instintos o de ideas. Los del círculo A hacen la guerra a los del círculo B, los de éste a los del círculo C i así hasta concluir; la guerra vuelve de los últimos a los primeros, los del círculo C la hacen a los del círculo B i éstos a los del círculo A; i por fin la guerra está en todas partes, porque cada círculo la hace a todos i todos a cada uno, i aun se enciende entre los miembros de un mismo círculo. Aquí las decepciones, las traiciones, las alianzas, las treguás i lo demas que es propio de las hostilidades, pero sin observar nunca los preceptos del derecho internacional.

Las armas empleadas son la calumnia i el chisme, i es admirable la destreza que en su manejo han adquirido aquellas jentes. Todos se calumnian i se entretienen en ello; no hai vicio, no hai defecto que no tenga el enemigo, i si aparece alguno cuyo talento o cuya virtud no pueda negarse, los adversarios hallan luego el reverso de la medalla; i si está en blanco, esculpen en él lo contrario del talento o la virtud que se distingue: el ilustrado, por ejemplo, es de mal carácter, de horribles intenciones, un mulato por lo ménos; el virtuoso es un hipócrita, se le han descubierto crímenes horrendos.

Mas o ménos todo esto pasa como moneda corriente: hai costumbre de fiarse en la conciencia para despreciar esas calumnias; pero lo que no se desprecia nunca, lo que labra hondamente el amor propio es la imputacion de plebeyo, sobre todo en los pueblos de provincias. Nadie es mulato ni mestizo, todos son de raza

española pura, i es curioso ver como arreglan sus jenealogias para mostrarse descendientes jenuinos de caballeros.

Como la calumnia no es arma arrojadiza, sino un vientecillo, en sentir de Beaumarchais, necesita tener quien la ayude i le dé direccion. Asi es que el papel de transportador de calumnias, el del *chismoso*, es un papel interesante en la sociedad de Chile. Sin embargo de que lo desempeñan ciertos seres ambiguos que tienen cabida en diversos círculos, en Chile todos *chismean*. Unos por oficio, otros por beneficio, estos de buena fe, aquellos por malignidad, tales por costumbre, esos otros porque no tienen que hacer. Un amigo le cuenta a V., sin ánimo de ofender, lo que han dicho contra la conducta de V.; i si falta un amigo, se lo repite a V. una señorita con todo su candor en los labios, i si V. no tiene amigos ni amigas, encuentra V. a cada paso chismosos que gastan la oficiosidad de decirselo, o cándidos que se lo dicen sin saber como. El chisme está allí en el carácter nacional, o mejor dicho, en la naturaleza orgánica del chileno: los niños se cambian chismes con inocencia, las mujeres por distraccion, los hombres por negocio, los políticos por conveniencia, los comerciantes por ganancia, los beatos por religiosidad i hasta los altos funcionarios, quienes chismean por diplomacia o por hacer el bien del pais.

El chisme es un elemento que mantiene el fuego sagrado en el corazon. Sin el chisme la vida del chileno seria tan insipida como la de una monja; tan fastidiosa, tan llena de tédio como la de un encarcelado en prision solitaria: no hallarian que hacerse, no tendrian que conversar, no sabrian emplear sus horas. Lo mas curioso es que ellos no saben que son chismosos, i cada cual afecta horror a las rencillas, pero en eso tienen razon, porque la mayor parte chismean sin saberlo. Solo tienen en cuenta que han hecho mal, cuando el chisme ha provocado algunas explicaciones entre el ofensor i el ofendido.

¡Explicaciones! qué raras son! Basta la conciencia tranquila para no darse por ofendido. «¿Qué me importa, tengo mi conciencia limpia!» He aquí la frase con que el chileno rechaza las calumnias mas espantosas, las injurias mas atroces. Pero cuando se hacen necesarias las explicaciones, es cuando se muestra el carácter nacional en todo su esplendor. La manera mas usual de explicarse consiste en conversar con el ofensor, dándole satisfacciones, a fin de que él no ponga escusa en decir «yo me creia ofendido i por eso hablé de V.; pero ya que V. me asegura que

no me ha ofendido, le declaro a V. que yo tampoco he tenido el ánimo de ofenderle.» Esta declaracion deja allanadas todas las dificultades, pero no impide que ofensor i ofendido sigan aborreciéndose i calumniándose a man salvo. Otra manera de explicarse puesta en uso entre la jente de tono consiste en que el ofendido pese sus fuerzas i hallándolas bastantes, espere a su ofensor en un punto i le dé bofetadas o le escupa, aunque le sorprenda. Si el caso no tuvo testigos, queda concluido; pero si los tuvo, pasa a terminar en esplicaciones verbales. Una u otra vez suele proponerse un duelo, que no cuesta poco arreglar; pero una vez ajustadas las condiciones, es del dominio del público i por consiguiente de la policía, que no se hace rastra para impedirlo. La historia de Chile no conserva noticias de ningun duelo ocurrido entre la clase acomodada de aquel hermoso pais. La plebe lo usa con frecuencia i por eso hai entre ella ménos calumnias i ménos chismes, ménos injurias i mas lealtad, mas franqueza.

Tales son los caractéres mas prominentes de esta sociedad. Como ellos bastan para perder a un pueblo, no tengo necesidad de fijarme en otra multitud de accidentes que podria notar, si fuera preciso que yo procurase proclamar la solemne profesia que hago sobre que una sociedad semejante se arruinará luego.

Esta sociedad no puede rejenerarse porque no tiene ni elementos, ni capacidad, ni conciencia para hacer su reforma. El único término que va a tocar es el de ser reemplazada por el verdadero pueblo americano, ese pueblo numeroso que crece i se educa por su propia virtud al lado de aquella primera clase corrompida, caduca i débil. El pueblo se compone en América, i por supuesto en Chile, de toda la jente que no blazona un orijen español, de todos los que no tienen otro titulo que alegar que su trabajo personal, i que por tanto están excluidos de los círculos, del Gobierno, de los empleos públicos, i de los estrados de cualquier persona *desente*. Esta es la verdadera clasificacion: personas *desentes* i *no desentes*. Las primeras forman la sociedad que ha de arruinarse por sus vicios: los indecentes están destinados a apoderarse de todo i a ocuparlo todo.

Este es el hecho que se está produciendo en Buenos Aires i que despues dará brillantes resultados. Tal es el hecho que Chile i las demas Repúblicas Americanas deben preparar en lugar de temerlo. Si le facilitan su curso, la rejeneracion viene sin estrépito: si lo resisten o embarazan, la revolucion i la ruina son inevitables. En Chile lo resisten, porque hai una verdadera aristocracia

organizada con todos sus elementos: Chile está por consiguiente mas próximo a su ruina que cualquiera otro estado Americano.

En el Brasil, así como en la América Española domina la preocupación de hidalguía, que divide a la sociedad en dos clases, *caballeros i mestizos*, los cuales toman diversas denominaciones en cada país. Pero en todas partes hai un roce íntimo entre ámbas clases de modo que hai un punto en que se confunden i se hermanan: en el Brasil no encuentra el hombre libre obstáculo que le detenga, porque si es intelijente, le da la mano el Emperador para levantarle o el pueblo le eleva por medio de una elección o la industria le abre cien caminos a la prosperidad. En el resto de la América sucede mas o ménos otro tanto i cada día se borra mas definitivamente la línea que separa a las dos clases.

En Chile es otra cosa: hai una clase privilegiada, cuyo privilegio no está en la lei ni en los derechos de que goza, sino en el hecho, en la costumbre. Aunque en esta clase no se hace mucho alarde de la nobleza de familia, el sentimiento de hidalguía está en todos los corazones i autoriza en unos el desprecio i en otros la superioridad con que miran a todo el que no pertenece a una familia hidalga o no lleva un nombre antiguo i conocido. Otro elemento que sirve de apoyo a esta superioridad es la riqueza: todos los antiguos nobles i caballeros del país son todavia los grandes propietarios, i como tales se han arrogado el derecho de entender o de influir en los negocios públicos, porque alegan que ellos son los únicos que tienen que perder, los únicos que arriesgan en cualquier trastorno. El Gobierno busca en ellos su principal apoyo, oye su consejo, sigue sus inspiraciones, i mantiene así la superioridad que se arrogan sobre el pueblo, sobre la gran mayoría que se compone de pobres i de jentes de familia desconocida. Al lado de esta influencia constantemente sostenida, tiene la aristocracia chilena las relaciones que su riqueza i esa misma influencia le procuran, no siendo la ménos importante de esas relaciones la que mantiene con el clero. La educacion de sus vástagos la va fortificando, i su predominio, en fin, está ya sancionado i defendido por todo el prestigio de que tales circunstancias la revisten. Esta aristocracia no tiene como la inglesa una base liberal, que se vaya ensanchando i admitiendo mayor número de individuos a medida que el desarrollo de la sociedad hace surgir a la superficie nuevas capacidades. Bien al contrario, ella es demasiado celosa de sus fueros i no admite en sus filas sino a los que tienen los caractéres que forman su distintivo. Un

gran talento, una vasta instruccion, una injente riqueza, una virtud extraordinaria no bastan para llegar a merecer la confianza de la primera clase, ni colocan al hombre entre los aristócratas. Un espíritu restrictivo i apocado, mucha santimonia, un apego ciego a todo lo que es retrógrado i horror a las reformas, hipocrecia, disimulo, son las virtudes del *hombre de orden*, (denominacion con la cual se ha honrado i disfrasado el partido retrógrado); si a ellas se agrega la nobleza de sangre o alguna riqueza o tal cual intelijencia, el hombre de orden tiene todos los titulos necesarios para ser aristócrata i enrolarse en la primera clase, como miembro nato. Pero el aristócrata, el hombre rico o de talento que en la administracion, en la prensa o en la conversacion familiar se muestra reformista, franco, liberal, ese lo pierde todo: no inspira confianza, es un calavera, hasta un hereje, según las circunstancias, i es borrado del libro de oro en que sus antecedentes le habian colocado.

Sin embargo esta clase privilegiada pone en accion todos los medios sociales en cuanto le convienen a su defensa i conservacion: arrogándose la tutela del pueblo, manifiesta desear mucho su progreso, pero no hace jamas por él todo lo que *desea*. Posesionada como está del Gobierno, muestra propender al engrandecimiento i respetabilidad de la nacion, pero cifra el engrandecimiento en el *orden*, i hace consistir el orden en conservar todo lo que existe, en no reformar i en no admitir nada de nuevo ni en ideas, ni en administracion, ni en política, ni en personas. Mas como esta aristocracia rechaza el nombre que le conviene de retrógrada, i prefiere llamarse *conservadora*, justifica su denominacion aparentando que quiere reformas, con tal que no se destruya lo existente: su modo de reformar consiste pues en remendar, en refaccionar; así es que Chile en poder de estas jentes es una casa vieja i ruinosa con puntales por aquí, alzaprimas por allá, paredes remendadas i agobiadas de promontorios por acá, i goteras por todas partes.

Dividida así la sociedad en dos clases, una que todo lo puede i lo goza todo, i otra que nada vale, preciso es todavía considerarla dominada por el clero, ante el cual desaparece la diferencia de aquellas. El clero extendiendo un brazo protector al pueblo, se intima con él, i prestando al mismo tiempo su apoyo a la aristocracia, hace de ella su mejor defensor. El clero podria hacerse soberano de éste pais en un momento; pero como limita su ambicion al dominio espiritual, está contento con ser el dueño

de las conciencias de todos. El clero es mas respetado en Chile que el Gobierno: un Ministro, un Magistrado, un Jeneral pasan inapercibidos por entre la muchedumbre, pero un padre o un clérigo va dejando rastro por donde quiera que pase, porque todo el mundo se descubre. Cuando se habla del Presidente de la República o de otro de alto funcionario no se le da tratamiento alguno; pero no se nombra a un Obispo, sin decir el señor Obispo, ni se nombra a un clérigo, sin anteponer un tratamiento respetuoso. En todas las circunstancias de la vida se advierte esta superioridad del clero en el ánimo de los Chilenos sobre la autoridad civil; i la mas lijera observacion convence de que esa superioridad no es de fórmula, sino tan real i efectiva, que podria mirarse al clero como el verdadero señor de la nacion.

La sociedad en Chile es pues eminentemente monacal i en los dias destinados al culto, puede confundirsela con una comunidad religiosa.

El clero por otra parte ofrece al pueblo la única carrera brillante a que le permite llegar la aristocracia: un hombre del pueblo con talentos mediocres puede llegar a merecer en esta carrera las consideraciones que no alcanzaria en cualquiera otra con un talento sublime. Quizá el clero podria salvar a esta sociedad, rejenerando i alzando al pueblo, si a sus reconocidas virtudes evanjélicas agregase mas virtudes cívicas que las que practica. El clero católico en Chile hace católico al pueblo; si fuera monarquista, estableceria fácilmente la monarquía; siendo republicano lo hará tambien republicano. (1)

(Continuará)

(1) Nos tomamos la libertad de anotar este pasaje, porque el viajero autor se equivoca en su manera de considerar al clero chileno. Lo supone contento con el dominio de las conciencias i aun desea verlo rejenerando al pueblo. Seguramente no habria escrito así el Diablo si hubiese leido las siguientes lineas que se han publicado hace poco en las notas de un sermón predicado en la Compañía por el presbítero Larrain en los funerales del señor Castro Barros.

«La revolucion americana, dice, ha sido pues mui inconsecuente i le queda todavia mucho que hacer. Mientras no cese la servidumbre de la Iglesia, la libertad será una palabra vana. Es preciso—

1.º Que se deje a la Iglesia entera libertad para elejir sus ministros i nombrar los beneficiados eclesiásticos.

2.º Debe dejarse exclusivamente a ella la direccion científica i gubernativa de los seminarios.

3.º Como encargada de conservar el depósito de la doctrina deben proporcionársele medios para impedir que en la enseñanza pública de los establecimientos privados i nacionales sufra detrimento la fé. Con este objeto debia confiarse a la autoridad eclesiástica el nombramiento de los profesores de Religión, Derecho canónico, Filosofia e Historia.

4.º Abolir el pase o *exequatur*, i todas las trabas que impiden a los católicos comunicar libremente con la cabeza de la Iglesia.

5.º Garantir el *poder legislativo* de la Iglesia derogando las leyes que requieren el consentimiento de la autoridad civil para convocar concilios o para dar a sus decisiones fuerza legal.

6.º Garantir el *poder judicial* de la Iglesia, aboliendo los recursos de fuerza.

7.º Garantir la libertad de los ministros de la Iglesia, devolviéndoles todas sus temporalidades.

8.º Devolver a la Iglesia la administracion de los cementerios i establecimientos de beneficencia.

9.º Colocar en fin a la Iglesia respecto del Estado sobre el pié de una perfecta igualdad, no atribuyendo a este ninguna facultad o privilejio que no se conceda a aquella.

«Esto no es mas que parte de lo que para su diócesis pedia al Rei protestante de Prusia el ilustre confesor de la fe, el santo Arzobispo de Colonia, el señor Clemente Augusto Dröstre Vischering.» NOTA de los EE.